

INSTRUCCION DECIMONOVENA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION TERCERA.

SALUTACIÓN DEL ARCANGEL A MARÍA

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio.* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 29.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, ¡cuán malo es el aspirar á la gloria mundana (1)! Esta gloria se parece á la rosa que se conserva fresca un día y que al día siguiente pierde sus hojas. Las dignidades del siglo son frágiles cual telarañas, y el brazo de la muerte las desgarran sin trabajo. Lo que tiende á alejarnos de nuestro Criador y nos impide realizar nuestro destino, no es digno de nuestro aprecio ni de nuestro amor. Dejemos correr en pos del fantasma de los perecederos honores de este suelo á los que tienen la locura de negar la existencia de otro mundo; nosotros, cristianos, suspiremos únicamente por lo que pueda hacernos eternamente dichosos en el cielo. « Si participamos de las distinciones y riquezas de la tierra, *nolite cor apponere*, no adhiramos á ellas nuestro corazón», dice el Salmista. Sirvámosnos únicamente de ellas según la voluntad del Altísimo. Sólo él confiere, en éste y en el otro mundo, el título de la verdadera gloria.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hízolo para María, cual probaré de demostrároslo en el discurso cuya división es como sigue. Nada más glorioso ni más agradable para la santísima Virgen que la salutación angélica.

(1) Salmo LXI, vers. 11.

INVOCACIÓN. — ¡Oh poderosa Protectora! Como Dios nos asegura que, servirle con fidelidad es reinar en el tiempo y merecer triunfar en la eternidad, os suplicamos, con todo el fervor de que somos capaces, que nos inspireis una confianza y un afecto sin límites, para una oración que tanto os honra y os complace. ¡Ah, Virgen dulcísima, ayudadnos á rezarla lo más frecuentemente y lo mejor posible, á fin de que nos sea dado servir bien al Señor en este valle de lágrimas, y reunirnos con vos en el reino de las delicias! — *Ave Maria.*

Primera parte. — Amados hermanos míos, el doctor seráfico, cuya devoción por la santísima Virgen no conocía límites, compuso en honor suyo una oda de un lirismo divino. Cada alabanza que la dispensa, la empieza con esta palabra del celestial embajador: *Ave*, yo os saludo; y luego en cada una de las ciento y cincuenta estrofas de su admirable himno, llama á María: « Arbol de vida, Reina de los siglos, de los príncipes y de los reinos, Virgen digna y amada de Dios, Lirio brillante de blancura, Rosa sin espinas, Panal de miel, Luz del mundo, Templo del Señor (1). »

Ved ahí, amados hermanos míos, algunas de las innumerables finezas que repetía san Buenaventura á María, inspirado como estaba por su filial amor hácia esta Madre tan tierna.

Pues bien, amados hermanos míos, todos estos títulos con que este hombre, no menos grande por su talento que por su virtud, adornaba á la Soberana del cielo y de la tierra, no pueden tener sentido más profundo, ni contener tan maravilloso elogio como el sentido y el elogio que encierran estas palabras tan sencillas en apariencia: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres; *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.* » Impotente es la lengua humana para expresar la gloria que este divino saludo hace recaer sobre la santísima Virgen. ¿Qué otra criatura oyó semejantes felicitaciones de parte del Maestro supremo de todas las cosas? ¿Qué princesa tuvo jamás un parecido honor? Tal saludo estaba únicamente reservado á aquella á quien

(1) *Psalt. mimes B. V. M.*

« el Altísimo mismo, dice san Buenaventura, no podría hacer más grande, *Ipsa est quam majorem facere non potest Deus.* »

San Juan Crisóstomo, maravillado de la gloria que la salutación del Arcángel proporciona á la Virgen sin mancilla, expresa su entusiasmo en estos términos : « Carísimos hermanos míos, la bienaventurada Virgen es un milagro deslumbrador. ¿ Vióse, podráse encontrar jamás una persona... más ilustre ? Ella es la única que excede en dignidad á los habitantes del cielo y de la tierra... Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los patriarcas, ni los ángeles, ni los tronos, ni las dominaciones, ni los querubines, ni los serafines, en una palabra, ninguna criatura visible ó invisible puede igualarla en grandeza ni excelencia (1). »

¿ Hemos de sorprendernos, hermanos míos ? Nó, porque cuando el Señor honra á álguien, los honores que le concede son superiores á los que otorgan los reyes mortales, tanto como el cielo lo es á la tierra. Si Dios hace esto por el sér que ocupa el último lugar en su reino, ¿ figuráos qué gloria debía dispensar á la futura Soberana del paraíso !.

Un emperador, en el apogeo de su poder, visitó un día á una religiosa, conocida de toda la capital por sus heroicas virtudes (2). Muy honroso era seguramente para una humilde hermana... Mas, después de todo, aquella demostración de respeto sólo procedía de un simple mortal. Pero aquí, cristianos, ¿ quién es el que se digna inclinarse en presencia de María ? La adorable Trinidad misma : « Hija mía muy amada, dice el Padre, tú no has defraudado mis esperanzas, te has mostrado digna de mis favores, ¿ obra maestra de mis manos, yo te saludo ; te felicito, oh Virgen sin mancilla ! »

« Mujer por excelencia, añade el Hijo, tu alma es el templo que he escogido yo ; tú mereces que te tome por madre. ¿ Oh privilegiada de la gracia, te saludo ; te felicito, criatura bendita entre todas las demás ! »

« Belleza sin igual, continúa el Espíritu Santo, tu pureza eclipsa la de los serafines ; tú eres una esposa digna de Dios. ¿ Oh amada de mí

(1) S. Juan Crisóstomo, *apud Metaphrasten.*

(2) Napoleón III y sor Rosalía.

corazón, yo te saludo ; te felicito, compañera del Señor ! *Dominus tecum.* »

Cogitabat qualis esset ista salutatio. ¿ No comprendéis ahora, hermanos míos muy amados, que la salutación angélica es infinitamente honrosa para la santísima Virgen ? Y por lo tanto, exclama san Buenaventura : « ¿ No es menester saludarla con devoción y con respeto (1) ? »

Siendo esto así, el *Ave Maria* debe tener también grandes atractivos para la Virgen santísima, porque fué inspirada por Dios que, en todas las circunstancias, procuraba hacerse agradable á su Madre. Por otra parte, ¿ quién ha de figurarse que el celestial embajador no ha recibido órden del Rey de los reyes para decir las más cariñosas frases á la futura Soberana de cielo y tierra ? ¿ Quién ha de imaginarse que no es el Espíritu Santo quien ha sugerido á Isabel y á la Iglesia las palabras más suaves al dirigirse á la más pura de todas las vírgenes ? De lo cual, piadosos fieles, podemos deducir en conclusión que el *Ave Maria* no deja de causar placer á la criatura preservada de la mancha original.. Sí, amados hermanos míos, á falta de otra prueba, podríamos contentarnos con ésta. Pero María quiso por sí misma hacer saber que la salutación del arcángel la proporciona un alborozo inexplicable. Así se dignó revelarlo á personas que sintieron por ella una devoción seráfica.

« Toda la antigua Iglesia, por todos los ámbitos del mundo, dice san Francisco de Sales, había saludado siempre á la Madre de Dios con esta salutación angélica : *Ave Maria, gratia plena* ; y nuestros más inmediatos antecesores, siguiendo el sagrado tono de sus abuelos, en piadosa armonía, cantaban á todas horas y en todo lugar : *Ave Maria*.... honrando así con gran reverencia á su santa Madre, ni sabiendo donde encontrar una manera más propia para honrarla que imitando los honores y respetos que el mismo Dios le había decretado (2). »

Acabo de deciros, hermanos míos, cuán grandes son para María estos honores ; voy á manifestaros ahora cuán agradables le son.

Segunda parte. — Por poca memoria que tengáis, hermanos míos

(1) *Medit. sobre el Ave Maria*, t. XIII, pág. 691, edición Vivès.

(2) *Défense de la S. Angél. contre les hérétiques* ; S. Francisco de Sales, t. V, pág. 415, edición Vivès.

muy amados, no lo habeis olvidado todavía. En mi primera instrucción sobre el *Ave María*, os he mostrado que á la salutación angélica se la puede llamar *Oración dominical*, es decir, oración compuesta por el Señor mismo. Si al Eterno le place tanto el *Padre nuestro*, es porque tiene por autor á Jesucristo, su Hijo, que se complacía en repetir á la multitud: « Mi padre é yo, somos uno... yo hago siempre lo que á él le es agradable. » Ved ahí pues, cristianos, porqué tiene para el Altísimo un encanto arrobador la oración dominical.

Un sábado, durante la Misa, santa Matilde, en un éxtasis, habló de esta suerte á la Virgen Inmaculada: « Madre incomparable, para mí la mayor alegría posible sería dirigiros la salutación más agradable que amás haya inventado el corazón humano. » Apareciósele enseguida la Reina de los cielos, llevando sobre el pecho la salutación angélica escrita en letras de oro: « Hija mía, la dijo, locura es para la criatura querer ir más arriba que su Criador, y pretender encontrar una salutación igual á la que me fué enviada del cielo, porque nada hay más dulce que las palabras « Dios te salve » con que me aseguró el Padre que, por un efecto de su omnipotencia, me había preservado por completo de la maldición del pecado. ¿ Qué cosa más suave que el nombre de María? Me fué dado de parte del Hijo, decidido á encarnarse en mis entrañas, y me hizo saber que estaba yo destinada, cual estrella de primer orden, á iluminar el cielo y la tierra. ¿ Qué hay más agradable que la embajada del Espíritu Santo que, titulándome llena de gracia, obró en mí el más grande de los misterios? Cuando se me dice: « El Señor es contigo », me acuerdo de esa maravilla que admiró á toda la creación, cuando el Verbo eterno quiso anonadarse en mi persona, y nacer de mi seno en el tiempo, como nació del seno de su Padre en la eternidad, de suerte que es mi hijo único tan realmente como es el hijo único de Dios.

« Cuando se añade: « Bendita eres entre todas las mujeres me represento todas las bendiciones y todas las alabanzas que se me dirigen, en el paraíso y en el mundo, merced á mi dignidad de Madre de Dios. A estas palabras: « Bendito es Jesús, el fruto de tus entrañas », reitérase en mi corazón la alegría que experimento de estar unida lo más íntimamente posible al Hijo de Dios, y se me recuerd,

que será eternamente cierto que yo soy su Madre y que, en calidas de tal, tengo yo sola más derecho de poseerla que todas las criaturas juntas (1).»

Tal es, cristianos, el sentido de las palabras que santa Matilde tuvo el honor de oír de los lábios de la divina Soberana. Igual favor dispensó á la célebre Gertrudis. Enferma ésta, hasta el extremo de no poder rezar, según tenía por costumbre, las ciento y cincuenta *Ave María* de su rosario, tuvo la idea de decir á lo menos las primeras palabras *Ave María* y de saludar así ciento y cincuenta veces á la santísima Virgen. Dignóse ésta aparécersela, llevando en la mano una magnífica corona de ciento y cincuenta rosas; la colocó en la frente de su servidora, y la dijo: « Estas dos breves palabras *Ave María*, me han sido tan agradables como si cada vez me hubieses dirigido la salutación entera, porque has hecho lo que has podido (2).»

El gran santo Domingo y el beato Alaino de los Hermanos Predicadores tuvieron también admirables visiones en que María les dió la seguridad de que la gustaba admirablemente el santo rosario.

Cuando las apariciones de Lourdes (1858), la Virgen Inmaculada, al dejarse ver á la pequeña Bernadette, tenía en la mano un rosario, que parecía decir con deliciosa complacencia é inimitable fervor.

Maravillas semejantes hubo en Marpingen (1878), en Polonia; la Reina del cielo hizo saber igualmente á las dos personas á quienes se dignó aparecerse, que habían de rezar el rosario.

Pero, cristianos, ¿ de qué se compone en su mayor parte el rosario? De *Ave María*, que forma una especie de cadena de oro, por medio de la cual María nos elevará al reino de los cielos. Por consiguiente, amados hermanos míos, preciso es que la salutación de este celestial emisario agrade infinitamente á María, cuando ésta con tanta insistencia la recomienda á los habitantes de este valle de lágrimas.

Por lo demás, aun cuando ella no hubiese hecho revelación alguna sobre este punto, fácilmente se deja comprender que hace sus delicias el *Ave María*, por ser, en cierto modo, esta oración el resumen de sus prerrogativas sin igual, la fotografía de sus eminentísimas virtudes,

(1) In ejus Vita.

(2) In ejus Vita.

la relación de sus altos hechos, el título de su divina nobleza... ¿ No nos halaga á nosotros oír celebrar nuestras bellas acciones? ¿ No nos gusta dirigir miradas de complacencia á un documento que refiera nuestros preciosos méritos? Un soldado, por ejemplo ¿ se fastidia cuando le hablan de sus campañas? Un militar ¿ no contempla con cariño su cruz de honor? Una reina ¿ no se siente dichosa ante las pruebas de amor y ternura que le da el soberano? Esto es incontestable.

«El *Ave María*, nos asegura un venerable autor, es también la más bella de todas las oraciones después del *Padre nuestro*; es el obsequio más perfecto que podeis hacer á María, porque es el obsequio que el Altísimo le mandó hacer por medio de un arcángel, para conquistar su corazón (1).»

«Dirigidla, nos recomienda uno de sus más adictos servidores, Tomás de Kempis, dirigidla la Salutación angélica, que ella experimenta un vivo placer en escucharla (2).»

«La es (esta salutación) infinitamente agradable, añade san Alfonso, porque parece que con ella se le renueva la alegría que experimentó cuando san Gabriel la anunció que se la había escogido para ser Madre de Dios (3).

Cogitabat qualis esset ista salutatio; ¿ nos hemos tomado alguna vez el trabajo, hermanos míos, de profundizar las palabras inefables que recitamos, desde la edad de tres ó cuatro años? La mayor parte de entre nosotros no han tenido aún tal vez la idea de detenerse, cinco minutos por trimestre, á meditar sobre las maravillas contenidas en estas cuantás frases; muchos las profieren con una indolencia deshonrosa; algunos hasta pasan un mes, sin ni tan siquiera dar los buenos días á la más casta de las vírgenes, á la más ilustre de las reinas, á la más suave de las madres. Cuando uno se permite reprocharles este cruel olvido, tienen la osadía de contestar: «No tengo tiempo.» Sería preferible oírles decir: «No quiero»; porque una franqueza brutal ofusca menos que una mentira descarada.

(1) Grignon de Montfort, *Traité de la vraie dévotion à la sainte Vierge*, pág. 182.

(2) *Sermo XXI ad novit.*

(3) S. Alfonso María de Liguorio, t. XVI, pág. 308, edición Vivès.

PERORACIÓN. — *Illumina oculos*, iluminad sus ojos, divina María, para que no se duerman en la muerte, antes de haber visto el peligro que corren, desdeñándose de servirlos, y antes de haber tomado la costumbre de dirigiros una salutación que forma vuestra gloria y vuestra delicia.

Y nosotros, hermanos míos muy amados, que la recitamos con frecuencia, tomemos hoy la resolución de perseverar hasta la vejez en esta santa costumbre; esforcémosnos, hasta el último minuto de nuestra vida, en honrar y complacer á la Madre de Dios y de los hombres; y, en la puerta de los cielos, María se dignará decir á cada uno de nosotros: «Yo te saludo, servidor bueno y fiel, que tantas veces me saludaste en la tierra; entra en la alegría de tu Señor y de tu Soberana.» Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION CUARTA.

EFICACIA DEL AVE MARIA.

TEXTO. — *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa....*
Todos los bienes me vinieron por ella.

(LIBRO DE LA SABIDURIA, CAP. VII, VERS. 11.)

EXORDIO.. — Carísimos hermanos, un servidor de María, nos asegura san Leonardo, no depreciaba medio alguno de manifestarla honor y ternura. Observó durante largo tiempo esta conducta, pidiendo siempre algún favor especial á la santísima Virgen. Pero, como le parecía que nada alcanzaba de ella, acabó por quejarse á ella misma, con algún sentimiento de impaciencia.

« ¡ Oh Madre de Dios, la decía, todo el mundo pregona vuestra misericordia; por todas partes os llaman Refugio de pecadores, Abogada nuestra, Consuelo de afligidos... Yo no os encuentro tal; desde hace tantos años que os ruego, y jamás he podido obtener de vos ni una sola gracia. Las iglesias están llenas de ex-votos, y los libros, de milagros que atestiguan vuestra beneficencia. Los santos Padres afirman además que los que os imploran son atendidos siempre. Yo solo, desventurado, no soy digno de recibir de vos ni el más pequeño beneficio. »

La santísima Virgen, apareciéndose totalmente rodeada de gloria: — « ¿ Qué motivo tienes, dijo, para quejarte de esta suerte? ¿ Que no escucho tus oraciones, ni te otorgo gracias! Ignoras pues, ingrato, que los favores que te he hecho hasta ahora son innumerables. ¡ Cuántas veces, sin mi asistencia, habrías sucumbido á la tentación, hasta el punto de ir á parar al fondo de un abismo de iniquidades! ¿ Cuántos amigos tuyos no has visto morir miserablemente y de improviso! ¿ Cuántos otros han sido arruinados, desterrados, asesinados! ¿ Cuántos han sido arrojados al infierno! Y si tú no estás también en él; á quien lo debes? ¿ Quién te ha preservado de ello, sinó yo? Persuádate de que jamás has pedido nada, sin que te haya atendido. Si no he satisfecho siempre tus deseos, te he alcanzado en cambio algún otro favor más deseable. » Y luego desapareció (1).

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta lección de la divina Virgen á un vasallo fiel prueba que cuando se es constante en venerarla y suplicarla, ella jamás deja de mostrarse reconocida y generosa tarde ó temprano y por lo mejor. Tengo pues, hermanos míos, la intención de hablaros hoy de lo eficaz que es la Salutación angélica para los justos y para los pecadores.

INVOCACIÓN. — Tesoro de perfecciones y refugio de culpables, poderosa y misericordiosa María; nadie entre los cristianos lo ignora, no se os invoca inútilmente. Dignaos conjurar al Dios de las Luces, para que lance un rayo de ellas sobre este auditorio á fin de que vea cuán útil es á todos el piadoso y frecuente rezo de la Salutación angélica. — *Ave Maria...*

Primera parte. — El *Ave Maria*, amados hermanos míos, es por decirlo así una mina de oro extremadamente puro, con que los cristia-

(1) San Leonardo de Port-Maurice, *Sermon pour mission*, t. II, pág. 82

nos compren un trono en el reino de las eternas magnificencias. ¡ Oh, cuán provechosa es esta oración á los justos y á los pecadores!... Lo es primeramente á los justos. Ella les anima á seguir el camino del bien, ella les ayuda á subir la cuesta de la perfección, ella les hace perseverar hasta el fin en el camino del cielo. Por eso toda alma verdaderamente católica se sirve del *Ave Maria* como de una palanca capaz de remover los obstáculos, por pesados que sean, que se encuentran de vez en cuando en el sendero del deber. Los santos, estos acabados modelos que no aventajamos nosotros, estoy seguro de que miraban el *Ave Maria* como el canal por donde les llegaban las aguas de la gracia. Aplicaban gustosos á la Salutación angélica lo que de la sabiduría dice el Espíritu Santo: « Es la fuente de todos los beneficios... es un tesoro infinito para los hombres, y los que de ella se sirven se hacen amigos de Dios y se recomiendan á él (1). »

Por esto, amados hermanos míos, los santos, cuya única ambición se cifraba en gozar de la amistad del Señor y dar buen ejemplo al mundo, no podían desprender su espíritu ó su corazón de una plegaria divinamente suave y elocuente; la hacían con una confianza extraordinaria, un amor ardiente y una perseverante exactitud. Así por ejemplo en la víspera de una festividad de la santísima Virgen, la beata Juana decía mil veces la Salutación angélica y, en el día de la solemnidad, siete veces su oficio. Habiendo comunicado á su confesor sus ejercicios, quiso éste probar la docilidad de Juana. Una vez pues le mandó (era la víspera de la Anunciación) que se contentase con una sola *Ave Maria*. Obedeció ella; pero su fervor al rezarla la hizo caer en éxtasis, y pasó toda la noche en una profunda contemplación (2).

Esto, hermanos míos, no sorprende á las personas verdaderamente piadosas, antes bien se adhieren con una alegría mezclada de ternura á estas palabras de un santo varón: « el *Ave Maria* bien dicho, es decir, con atención, devoción y modestia, es... el adversario del diablo á quien ahuyenta, el martillo que le aplasta; es la santificación del alma.

(1) Sabiduría, cap. VIII, vers. 11 y 15.

(2) Bolandos, vida de la B. Juana.

«... el placer de María y **la** gloria de la santísima Trinidad; es un casto beso que se da á María, **es** una maravillosa flor que se le presenta, es una perla preciosa que se **le** ofrece.»

Agradecida la santísima **V**irgen proporciona al justo auxilios tan poderosos que le hacen triunfar **de** todos los enemigos de su alma, é ir de virtud en virtud, *ibunt de virtute in virtutem*. En efecto, María le dice á santa Gertrudis: « **C**ada vez que, en la tierra, una alma reza piadosamente el *Ave María*, yo derramo una especie de nuevo rocío de alegría sobre los ángeles **y** sobre los santos, y al mismo tiempo aquella alma recibe un gran **a**crecimiento de tesoros espirituales.»

« Cuando digo *Ave María*, nos asegura san Francisco de Asis... el infierno tiembla y los demonios huyen.»

Desde luego, ¿no está **probado** que esta oración ayuda poderosamente á los justos á perfeccionarse en la práctica de las virtudes y á recoger una cosecha de méritos? Ved ahí, hermanos míos, en apoyo de esta aserción, una revelación **de** que da fé el venerable Adalberto de san Alejo: « Una religiosa, **dice**, había muerto después de muchos años de atroces dolores, suportados con una paciencia heroica; al cabo de algunos días, aparecióse radiante, y reveló que había volado en derecha al paraíso, por su **profunda** resignación en sus prolongados sufrimientos; declaró que **estaba** en la gloria, merced especialmente á su perseverancia en el servicio **de** la Virgen bienaventurada. « Si Dios, dijo, quisiera volver á **enviarme** por un instante á la tierra, para que pudiese rezar una vez tan **sólo** la Salutación angélica, me sometería gustosa á mis antiguos padecimientos, porque la recompensa prometida al rezo devoto de una sola *Ave María* es tan magnífica, que á trueque de adquirirla se debería padecer mucho más aún de lo que he padecido yo (1).»

Así pues, almas piadosas, **persistid** en decir con fervor una oración tan fértil en frutos de bendición. Es cosa indiscutible, en el sentir de los verdaderos servidores de **la** Señora del cielo, que el *Ave María* jamás sube hácia su trono sin **producir** algún beneficio para el cuerpo ó

(1) *Romæ in officio definitoris generalis constitutus, diem suum sanctissime obiit, anno 1682.*

para el alma; porque, según los santos: « Todo aquel que salute á María será á su vez saludado por ella.» San Bernardo oyó un día una estatua de la Virgen Inmaculada que, tomando voz humana, exclamó: « Bernardo, te saludo.» Y según san Bernardo, « el saludo de María es una gracia con la cual contesta ella á quien gustoso la saluda con un *Ave María*. » « ¿ Podrá la Madre de Dios, añade san Ricardo, negar algo á aquel que á ella acude con el *Ave María*? » La Virgen misma promete á santa Gertrudis « tantas gracias á la hora de la muerte, cuantas fueren las veces que hubiese rezado el *Ave María* durante su vida (1). »

Ved ahí pues, fieles vasallos de la Reina de los cielos, poderosos motivos para hacerlos perseverar hasta el último suspiro, en el rezo frecuente y piadoso del *Ave María*.

Pero si esta divina Salutación tanto aprovecha á los justos, ¿ será inútil á los pecadores? De ningún modo, hermanos míos muy amados, y esto es lo que vais á ver en el punto segundo de mi discurso.

Segunda parte. — La primer *Ave María* que pronunció el Arcángel, obró el más extraordinario de los prodigios, fué la aurora de una vida celestial, renovó la faz de la pobre tierra, fué el manantial de la dicha verdadera. Siendo el *Ave María*, amados hermanos míos, el punto de partida de la redención de la humanidad, nuestra salvación procede especialmente de esta fuente de gracias. Un príncipe del cielo vino, por orden de Dios, á colocarla en medio del mundo, para apagar el fuego de la concupiscencia, alejar la aridez del vicio y traer la fertilidad de la virtud. Por consiguiente esta oración, dicha con el propósito de cambiar de costumbres, es la que debe hacer brotar, en el corazón del pecador, á Jesucristo, la flor más brillante de los cielos. Esta oración es un rocío divino que devuelve á las almas la vida que la sequía de la iniquidad les había quitado. El alma sobre la cual no caen á lo menos algunas gotas de este rocío misterioso, no se verá libre de las espinas del pecado; no llevará frutos de sabiduría, é incurrirá en las maldiciones del Eterno.

En efecto, María hizo al B. Alano de la Roche esta importante re-

(1) *Apud S. Ligor. t. XVI, pág. 308, edición Vivés.*

velación: « Sábete, hijo mio, y decláralo á todos, que es una señal probable y próxima de condenación el manifestar negligencia, tibieza y disgusto en el rezo del *Ave Maria* que produjo la salvación del mundo. »

¡Ah, pecadores! No lo olvideis jamás; sin la gracia no os podríais convertir; ahora bien, ésta se obtiene únicamente por la oración; pero, dice el santo Abad de Clairvaux, « el Señor quiere que todo nos venga por la mediación de María, *omnia nos habere vult per Mariam* (1). » De consiguiente, es menester dirigirla á ella la oración que más la agrada, y no tardaréis en recobrar la amistad de Dios, si seguís saludando á su Madre con confianza.

« ¡Oh Virgen purísima! exclama san Germán de Constantinopla, nadie se libra del mal si no es por Vos. Nadie, oh Virgen castísima, recibe favor si no es por Vos. Nadie, oh Virgen santísima, llega á salvarse si no es por Vos (2). »

« ¡Salvarse un pecador sin el auxilio y la protección de la Virgen santísima! Es cosa imposible, afirma san Ignacio de Antioquía, porque Dios á ningún hombre concede la gracia si no es por intercesión de María (3). »

« Pueblos todos tantos cuantos sois, dice el doctor seráfico, escuchad estas palabras, prestad á ellas oído atento: ¿Queréis entrar en el reino de los cielos? Honrad á la santísima Virgen y encontraréis la vida y la salvación eternas (4). »

« Amad, venerad é implorad á María, á la suave Madre de Cristo, añade un santo abad, porque ella es el Consuelo y la Abogada, no sólo de los perfectos, sino también de los imperfectos. Ella á nadie rechaza, benévola quiere oír las súplicas de todos. A los pecadores que á ella acuden con humilde confianza les dispensa una acogida maternal, les cubre con su poderosa protección, les da las buenas gracias de su Hijo. Cielo y tierra se hundirían, antes que rehusase ella su asistencia al desgraciado que la implora de todo corazón (5). »

(1) *Serm. de Nativ. B. V.*

(2) *Serm. de Zona virg.*, cap. II.

(3) *Serm. de B. V.*

(4) *S. Bonav.*, *Psalt. B. V. M.*

(5) *Blosius*, *Spec. spirit.*, cap. XII, § 52.

Esta doctrina es la de todos los Padres de la Iglesia; contradecirla sería una temeridad imperdonable.

Vosotros todos pnes los que gemís bajo la tiranía de Satanás, os conjuro á que no dejéis de invocar, pero con verdadero deseo de encomendaros, á la que es más temible para el infierno que un ejército en orden de batalla, *terribilis ut castrorum acies ordinata*, y no tardaréis en ver caer vuestras cadenas.

Concluyamos con este hecho conmovedor: « Una señorita, que profesaba una devoción angelical por la Virgen bienaventurada, se había dado tanto trabajo que había hecho aprender el *Ave Maria* á un ruiseñor. Éste la cantaba amenudo, con gran sorpresa y en medio de los entusiastas aplausos de sus oyentes. Un día el cantor alado, escapándose de su jaula, no tardó en caer entre las garras de un gavilán que se lo llevó para devorarlo. El cautivo se puso á gemir el *Ave Maria*... ¡Cosa admirable! Al oír aquellas palabras, el gavilán parece herido por una flecha y cae muerto. Libre de sus garras, la víctima vuelve á casa de su dueña, silbando alegremente el *Ave Maria* (1). »

PERORACIÓN. — Este gavilán, hermanos míos, representa al demonio dando vueltas por los aires, dice san Pablo, y acechando una presa. El pajarito figura al cristiano que debe acudir al Refugio de los pecadores para evitar las acechanzas del diablo, ó librarse lo más pronto posible de sus lazos. ¡Cuántos serían víctimas de su crueldad, si no estuviesen defendidos por la poderosísima Virgen, á quien no dejan de invocar! ¡Cuántas personas habrían tenido una mala muerte, si no hubiesen puesto cuidado en invocar amenudo su asistencia! ¡Cuántos hombres estarían sepultados en el fuego del infierno si por un solo día hubiesen dejado de cumplimentarla cual lo hizo san Gabriel! ¡Oh, sí, hermanos míos! muchos estarían hoy sumidos en el abismo de las torturas infernales, si María, frecuentemente honrada por ellos, no les hubiese elevado á la región de las alegrías celestiales.

¡Oh Virgen Inmaculada, dignaos hacernos llegar allá!.. Así sea.

(1) *Cristophori Vegæ, Theologia Mariana*, nº 1387.